

EL LAR DE LOS MAYORES

La inmensidad de nuestro campo quitaba intimidad al paisaje. Los pueblos, tan grandes, parecían arrojados a distancias inconcebibles, «donde Cristo dió las tres voces», que seguían sin oírse, porque cuando al fin os acercabais a cualquier ciudad, la hallabais en silencio y como muerta.

Alcázar no escapaba a este matiz de la fisonomía manchega, pero tenía algunos rincones muy íntimos y propios por Santa María, que, el mal gusto o quizá mejor la falta de gusto hecho y de sentimiento ancestral, han ido destruyendo poco a poco, desde hace un siglo, por el continuo ir y venir de la Estación, que ha dado a la vida alcazareña esa inclinación a la novedad irreflexiva y a su arquitectura ese aire anárquico o espíritu pueril, inmaduro, de chico caprichoso que se le antoja lo que ve, pegue o no pegue, y deshace el juguete por el gusto de deshacerlo.

Lo peor del caso es la imposibilidad de que se produzca la reconversión, porque las personas no existen y del antiguo lar apenas si la iglesia se sostiene, falta de ambiente ya y como aislada por una corriente de impresionismo modernista que le llega en todas las direcciones.

De haberse conservado en Alcázar el sentimiento filial y el sentido tradicional, el barrio de Santa María sería una verdadera joya, el arca aromatizada de historia, donde los buenos alcazareños sentirían al entrar el orgullo de su cuna, el honor de la casta, que no se improvisa, la complacencia de la continuidad. Los venidos de fuera sentirían la admiración a lo trascendente y todos el amoroso respeto que inspiran los orígenes, el lugar de la nacementa.

Ello no hubiera impedido la necesaria renovación, antes al contrario, la hubiera favorecido mucho, porque es de rigor que se reemplace lo caduco pero conservando las esencias y las apariencias, porque de la unión del alma y el cuerpo depende la manifestación vital.

En este barrio viejo, antiguo nido de serena paz, cuya belleza solo puede apreciarse a través de su poesía, se han hecho en un siglo muchas cosas nuevas y ninguna apropiada. Conserva algo de su trazado, casejas arrugadas y empedradas, tal cual parra o higuera centenarias, cierta sonoridad silenciosa, cierta intimidad humilde, que si no lo sublimiza le hace ascender hacia el cielo y lo liga a lo de atrás con hilo que interesa seguir para el resurgimiento ulterior, si se hace el milagro.

